

ron sus miembros padecer que cometer violencia alguna, morir en la lucha que sostuvieran para conservar á la libertad, que vivir cooperando á las atrocidades que debian destruirla. Los principios que adoptaron cuando al fin se les llegó á poner en la crítica situacion en que se vieron, fueron los mismos que con tanta exactitud espresó Luis XVIII, cuando se le instaba á que mandase asesinar á Napoleon: "En nuestra familia ha habido asesinados, pero no asesinos." [1]

El error mas grave que cometieron, error que no pudieron espisar con todos sus posteriores infortunios, consistió en el fuerte empeño que tomaron por conservar en una incesante agitacion el espíritu público. La tempestad que por medio de su elocuencia acumularon, no la pudieron aplacar despues con su sabiduria. Levantaron al pueblo en masa el 10 de Agosto, en contra del trono; no pudieron conseguir salvar al rey el 21 de Enero, y perecieron bajo la cuchilla del populacho, cuyas frenéticas pasiones exaltaron. Tal es la marcha general de las revoluciones. Sus primeros caudillos se convierten en objetos de encono, tan luego como han establecido su dominio; los turbulentos y los ambiciosos se coligan para destruir una autoridad que desean con ansia egercer; adulan el desenfreno popular con mayor descaro, presentan mas vehementes protestas de amor al bien público, y alzan en breve á la muchedumbre contra los que han obtenido

(1) Memorias relativas á Luis XVIII, I, 221. Ruzot, 10.

una influencia que para ellos propios desean. Entonces el poder pasa á manos de los hombres mas depravados; todo lo obtienen, porque ningun escrúpulo les arredra.

Los girondinos y el partido constitucional de Francia resintieron, cuando intentaron invocar en su auxilio á sus antiguos aliados para contener los progresos de la revolucion, el necesario efecto de los falsos principios, á los cuales normaran su conducta, y conocieron la naturaleza nociva de las doctrinas que tanto empeño se habian tomado en diseminar por el pueblo. Desde el punto en que las emitieron, ya no les fué dado jamas impetrar el auxilio de las altas corporaciones del estado, el de los propietarios, ni el de los que sostenian el despojo. Ninguna confianza podian inspirar á los primeros, desde el instante en que decretaron la confiscacion de los bienes eclesiasticos, persiguieron al clero, espidieron la dura ley contra los emigrados, provocaron la revolucion del 10 de Agosto, y condenaron á muerte, con sus sufragios, al monarca; los últimos concibieron para con ellos todo aquel encono que suscita en un partido el engaño y la traicion de otro partido, tan luego como procuraron hacer pesar el poder del egecutivo sobre hombres con quienes habian obrado de consuno, y para sofocar principios de que ellos mismos se sirvieran para ocasionar revolucion tan formidable. Aquella desconfianza por un lado, y esta idea de traicion por el otro, es lo que con tanta celeridad destruye el ascendiente de los

autores de una revolucion, cuando procuran contener sus excesos, y lo que hace que los caudillos de formidables huestes se vean destituidos en un año de todo su prestigio y despreciados en el siguiente. De todos los cargos que contra ellos se hagan, el de haber sido inconsecuentes es el que jamas pueden destruir; el encono que inspiran por haber abandonado sus principios, es lo que neutraliza los esfuerzos que hacen aun para corregir los abusos que de ellos se hagan. Los girondinos y los partidarios de la constitucion resintieron este penoso cambio en todas las posteriores epocas de la revolucion. La Fayette fué el hembre de mayor prestigio en Francia, cuando en 1789 empleó á la guardia nacional contra la monarquia, pero no encontró treinta hombres que se presentasen á seguirle, cuando en 1792 emprendió la defensa del trono; y el mismo que dominára al populacho el 5 de Octubre, solo pudo salvarse de su ferocidad yendo á que los austriacos le encarcelasen en una torre. Vergniaud y los girondinos fueron omnipotentes mientras declamaron contra la supuesta traicion de la corte, é inflamaron á la nacion para precipitarla en una guerra contra todas las demas potencias europeas; pero cuando reprobaron en sus vehementes discursos las maldanzas perpetradas en las carceles, cuando indirectamente procuraron salvar la vida del monarca, perdieron absolutamente la popularidad de que gozaran, y fueron encarcelados y enviados al cadalso en medio de los aplausos de aquella

misma muchedumbre que poco antes les colmaba de aclamaciones.

Los hechos que quedan enunciados, presentan una importante conclusion en materia de ciencia politica, y es la de que jamas pueden refrenar con buen éxito la justicia y la violencia de un partido revolucionario, aquellos que profesaron sus principios; y que los amigos del orden no pueden cifrar sus esperanzas en tal caso, sino en aquellos que con resolucion se resistieron á cooperar á la adopcion de medidas injustas, por muchas instancias que se le hiciera. Tienen un no sé qué, el valor y la firmeza, que impone respeto aun en medio del encarnizamiento de las facciones; y si se intenta una reaccion contra el dominio de la violencia, débense elegir sus caudillos, no de entre aquellos hombres que abandonaron á sí propia la marcha de la Revolucion, sino de entre los que desde sus principios constantemente la contrastaron. Con toda confianza pelea un soldado bajo los pendones de un hombre esperto y decidido que en otro tiempo fué su contrario, pero lidiará con rezelo á las órdenes de un general; que alguna vez haya abandonado, durante el combate, sus banderas. Los escritores republicanos han incurrido en un error, al decir que los horrores de la Revolucion provinieron de no haberse arrojado el rey sinceramente en los brazos del partido constitucional. Con tales aliados jamas habria logrado dominar á la faccion jacobina, que estaba apoyada como lo hemos visto por una parte tan considerable de la poblacion urbana de Francia; los realistas

fueron los que únicamente pudieron haber sacado buen partido de la fuerte reaccion que contra la revolucion suscitaron los primeros actos que descaradamente se cometieron contra el trono. Los sucesos prestan abundantes pruebas de la exactitud de este aserto. En ningun periodo de la revolucion se hallaban los partidos orleanista y girondino en la posibilidad de oponer una seria resistencia á sus progresos; no presenta la historia ejemplo de que hiciesen siquiera una simple escaramuza en defensa de sus principios [1], en vez de que los campesinos de la Vendea, sin ningun auxilio exterior, y no contando con ventaja alguna de su parte, hicieron una guerra encarnizada á la República, y despues de haber sostenido 600 combates, y de haber visto perecer á un millon de hombres, aun no habian cedido cuando entró Napoleon á ejercer su dominio. El completo abandono en que con el hecho de emigrar, dejaron todos los nobles á su patria, la falta de lealtad del ejército y la irresolucion del rey, fueron las causas que verdaderamente allanaron el camino á los jacobinos para la perpetracion de sus eseesos.

Pero aunque los girondinos, á consecuencia de sus primeros extravíos y de sus ambiciones mezquinas, se pusieron en la imposibilidad de presentar una vigorosa resistencia á la marcha de la revolucion, mucho hicieron para hacerse

(1) La resistencia que hicieron las ciudades de Leon y Tolon, aunque apareció á nombre de los girondinos antes de que se trabase la lucha, dirigiala en realidad el partido realista.

perdonar sus errores con la serenidad con que murieron. La posteridad infaliblemente se decide por la causa de la virtud; las últimas impresiones que se reciben, son siempre las mas duraderas; los principios que á la larga triunfan son aquellos que encuentran en el corazon humano un simpático eco. Este efecto á cada paso se patentiza: los talentos, el vigor y la energia de los jacobinos quedaron sepultados en la sangre que empañó sus triunfos; el fervor imprudente, la conducta irresoluta y la inesperta credulidad de los girondinos, olvidanse al recordar el heroismo que desplegaron á su caída, heroismo digno de romanos. El reinado del Terror, ese periodo tenebroso de la Revolucion, fué de una duracion corta; las antorchas que durante ella se extinguieron solo hicieron que con mas ansiedad volviere sus ojos el mundo hácia la aurora que asomaba. Pero la eloquencia de Vergniaud y el heroismo de Madama Roland, han dejado una impresion imperecedera en el orbe; y al paso que la historia, al recordar los terribles males que atrageron con sus vehementes declamaciones sobre su patria, no puede absolverles de los cargos que se les hacen de haber introducido temerarias y nocivas innovaciones, de haber dado vuelo á su omisa é inconsiderada ambicion, debe respetar algunos de los motivos que les condujeron á errores, cuyas consecuencias no se preveian absolutamente en aquel tiempo, y tributar el debido homenaje á la entereza con que vieron en sus últimos dias la suerte que se les preparaba.